

Manuel Arias Maldonado

Politólogo y escritor



Catedrático de Ciencia Política en la Universidad de Málaga

Ha sido becario Fulbright en la University of California, Berkeley (2004-2005), Salvador de Madariaga en el Rachel Carson Center de la Ludwig-Maximilians-Universität-LMU (2011) y en el Department of Environmental Studies & Animal Studies en la New York University (2017).

Es autor de *Environment & Society. Socionatural Relations in the Anthropocene* (Springer 2015), *Real Green: Sustainability After the End of Nature* (Routledge 2016), *La democracia sentimental. Política y emociones en el siglo XXI* (Página Indómita, 2016), *Antropoceno. La política en la era humana* (Taurus, 2018), *(Fe)Male Gaze. El contrato sexual en el siglo XXI* (Anagrama, 2019), así como co-editor de *Rethinking the Environment for the Anthropocene* (Routledge, 2019). Sus últimos libros son *Nostalgia del soberano* (La Catarata 2020), *Desde las ruinas del futuro: Teoría política de la pandemia* (Taurus 2020), *Abecedario democrático* (Turner 2021) y *Ficción fatal. Ensayo sobre Vertigo* (Taurus, 2024), entre otros. Colabora asiduamente con *Revista de Occidente*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Nueva Revista* o *Lettre International*. Dirige el Ciclo de Pensamiento Político del centro cultural La Malagüeta, en Málaga. Es columnista en *The Objective* (donde tiene un blog mensual, Rancho Notorious, dedicado al cine) y en la edición nacional de *El Mundo*.

TRUMP 2.0: RAZONES PARA UNA VICTORIA (IN)ESPERADA

Manuel Arias Maldonado

Cuando Richard Nixon ganó las elecciones presidenciales de 1972, Pauline Kael, a la sazón popular encargada de la crítica cinematográfica en el semanario *New Yorker*, hizo un comentario que se ha hecho justamente célebre: «No entiendo cómo Nixon ha podido ganar; no conozco a nadie que lo haya votado». ¡He ahí una cámara de eco donde las haya! La frase muestra a las claras la distancia que puede mediar entre las élites culturales estadounidenses —muchas de ellas radicadas en ese enclave cosmopolita que es Nueva York— y el resto del país. El caso es que la sorpresa de Kael es la misma que muchos experimentaron cuando Donald Trump, él mismo sin embargo neoyorquino de largo recorrido, se hizo con la victoria electoral en 2016. Ahora bien: si entonces aun podría haberse aplicado la frase al magnate inmobiliario, quien a fin de cuentas perdió el voto popular, su contundente victoria del pasado mes de noviembre ha provocado menor sorpresa; casi todo el mundo conoce a alguien que lo ha votado. Así que hay que explicar dos cosas distintas: que Trump haya ganado otra vez y que lo haya hecho por un margen bastante mayor del que las encuestadoras habían sugerido.

Ambas preguntas, sin embargo, están directamente relacionadas entre sí. Porque si Trump ha ganado, se debe en buena medida a que ya lo hizo una vez; en su caso, lo difícil era dar la primera campanada. Es verdad que el final de su mandato quedó irremediabilmente empañado por el infausto asalto al Capitolio; aunque él mismo no lo promoviese de manera directa, alimentó con fervor la hipótesis del fraude electoral y rehusó pedir a los manifestantes que se dispersaran una vez congregados frente al edificio. En cualquier caso, buena parte de los votantes conservaba una imagen favorable de Trump cuatro años después de su salida de la Casa Blanca, por contraste con la impopularidad —merecida o no— de la Administración Biden. Que la primera presidencia de Trump *no* resultase catastrófica, a pesar de los temores que había despertado aquel personaje excéntrico del que ni siquiera se esperaba que ganase las primarias de su partido, ha jugado en su favor. En política, recuérdese, *perception is king*. Para colmo, la alternativa presentada por el Partido Demócrata —la candidatura exprés de una Kamala Harris inevitablemente vinculada al mandato de Biden— carecía del atractivo necesario para seducir a un número suficiente de votantes.

Antes de desgranar las razones que explican la segunda victoria de Trump, protagonista de un improbable *comeback* a través de las puertas giratorias de la historia, conviene hacer algunas matizaciones. En primer lugar, volviendo a la extrañeza manifestada por Kael cuando se produjo el triunfo de Nixon, la segunda victoria de Trump se entiende mucho mejor si nos colocamos al otro lado del espejo: en esa Norteamérica donde lo raro es votar a Kamala Harris. Esa Norteamérica no solo existe, sino que ha demostrado ser mayoritaria. Dicho de otro modo, lo que causa extrañeza a muchos votantes estadounidenses no es que se vote a Trump, sino más bien que pueda votarse por el tipo de candidatos que el Partido Demócrata ha favorecido en los últimos tiempos; a excepción, irónicamente, del veterano Joe Biden. Muchos europeos y no pocos progresistas norteamericanos contemplan con horror la estética trumpista: ese mundo de limusinas, hamburguesas *king size* y complejos residenciales dotados de acceso privado a la playa. Pero el caso es que muchos ciudadanos con derecho a voto se embelesan con esas imágenes y admiran

al empresario capaz de protagonizar una vida que encarna —tramposamente— cierta versión vulgar del «sueño americano». Si Trump nos horroriza, a ellos los seduce: caprichos de la democracia de masas.

En ese mismo sentido, constituye un error garrafal explicar la victoria del magnate recurriendo a la carta de la desinformación de masas. De acuerdo con esta tesis, Trump y los políticos como Trump ganan porque los votantes carecen de la información correcta o profesan los valores equivocados; pertenecen a una comunidad de «deplorables», como los llamase en su momento Hilary Clinton, a los que cualquier demagogo puede derrotar con un puñado de mentiras y exageraciones. Añadir a lo anterior que Trump y sus asesores son capaces de utilizar las redes sociales en su provecho, difundiendo bulos por doquier con la ayuda inestimable de Elon Musk, es igualmente desacertado. Y no solo porque el Partido Demócrata cuenta con esas mismas herramientas, de las que Obama hizo un uso pionero en sus dos exitosas campañas presidenciales, sino porque no está en absoluto demostrado que los individuos sean susceptibles a esa clase de manipulación. Si Trump ha derrotado con claridad a Harris, es porque un número importante de ciudadanos estadounidenses ha encontrado su oferta política más atractiva. Eso no significa que hayan acertado con su voto: significa que han visto en Trump a un candidato capaz de proteger sus intereses o realizar sus valores; o que han querido frenar a una candidata a la que juzgaban incapaz de hacer tal cosa.

Este último razonamiento tiene una importancia crucial en unas sociedades liberales donde se ha incrementado de manera constante la polarización afectiva entre los distintos bloques ideológicos. Las campañas electorales no solo persiguen movilizar al electorado mediante una campaña positiva que subraya aquello que el candidato planea hacer, sino que se enfatiza asimismo la posibilidad de que gane un rival al que se retrata como suma de todos los males; así funciona el denominado partidismo negativo que nos lleva a votar por un candidato incluso si no nos gusta, pues solo él hace posible la derrota de su contendiente. Joe Biden, operador político de largo recorrido y perfil centrista, se demostró capaz de atraer a votantes ideológicamente diversos; Kamala Harris no ha sabido hacer lo propio y parece probado que una parte de los nuevos votantes de Trump se resignó a apoyar al extravagante neoyorquino con el fin de cortar el paso a la impopular Harris. Tal como se ha dicho antes, a esta no le ayudaron ni la evaluación negativa de la presidencia Biden ni la velocidad con la que se la designó candidata sin que se celebrasen primarias en su partido. Si bien se mira, la tardía defenestración del octogenario Biden no admitía ninguna lectura benigna: si estaba incapacitado para ser candidato, había sido irresponsable mantenerlo

en la Casa Blanca; si se encontraba capacitado para ejercer el cargo y el problema residía en las encuestas desfavorables para el Partido Demócrata, Harris podía ser vista como una intrigante que logró hacerse con la candidatura de su partido sin competir por ella en buena lid.

Se ha interpretado la derrota de Harris como un rechazo de la llamada ideología *woke* que propugna el deber moral de estar «despierto» ante la injusticia, el racismo y el sexismo

Hechas estas consideraciones preliminares, pueden identificarse un conjunto de factores que contribuirían a explicar la holgada victoria de Trump el pasado mes de noviembre; en el bien entendido de que es imposible determinar cuál es el peso relativo de cada uno de ellos. Los fenómenos sociales son complejos y ambivalentes; el resultado de un proceso electoral que llama a las urnas a un número masivo de votantes en el interior de una comunidad política tan heterogénea como la norteamericana no admite el reduccionismo analítico. Decir multicausalidad, pues, es decir complejidad. Veamos.

De una parte, se ha interpretado la derrota de Harris como expresión de un rechazo de la llamada ideología *woke* que, como su propio nombre indica, propugna el deber moral de estar «despierto» ante la injusticia, el racismo y el sexismo que se tienen por parte sustancial de la estructura social estadounidense. Sus implicaciones trascienden la política pública —por ejemplo la discriminación positiva— y se extienden a la vida cotidiana: corrección política, legitimación del identitarismo, politización del lenguaje. Esta Teoría Crítica habría hecho fortuna en las universidades de élite y, activismo mediante, penetrado después en las estructuras y el discurso del Partido Demócrata. Pero, tal como han mostrado algunos estudios empíricos, los portavoces del partido terminaron por



expresar unas preferencias mucho más radicales que las apoyadas por su electorado. Un buen ejemplo de ello sería la propuesta de llamar *LatinX* a los miembros de la nutrida comunidad latina, a fin de permitir la identificación con esa etiqueta de personas que rehúsan asignarse a sí mismas un sexo biológico definido: los latinos mismos rechazaban esa etiqueta. De la misma manera, Harris se sintió compelida a modificar su postura acerca de las terapias hormonales para la transición entre sexos y se encontró con dificultades para fijar una posición clara sobre la participación de las atletas trans en las competiciones deportivas femeninas. Mientras tanto, Trump simboliza con su historial personal —que incluye un litigio con una ex actriz pornográfica— la figura del hombre blanco protestante que no quiere saber nada del feminismo. Y, guste o no, son mayoría los ciudadanos estadounidenses que vienen diciendo en las encuestas de opinión que la corrección política ha ido demasiado lejos. Así que no puede sino concluirse que la victoria de Trump certifica el debilitamiento de la ideología *woke*; incluso si rebajamos el peso que haya podido tener en la elección del magnate, habrá de admitirse cuando menos que la derrota de Harris acredita la falta de tirón popular de la rama más izquierdista de su partido.

En segundo lugar, parece asimismo evidente

El presidente y la vicepresidenta salientes, Joe Biden y Kamala Harris acompañados por la primera dama y del segundo caballero en la toma de posesión de Donald Trump el 20 de enero de 2025 en Washington, D. C.

Foto: The White House

que muchos ciudadanos norteamericanos han culpado a la Administración Biden del descenso en su nivel de vida; como si hubieran respondido negativamente a la famosa pregunta de Ronald Reagan: «¿Está usted mejor que hace cuatro años?». Aunque el crecimiento económico de los Estados Unidos ha sido robusto durante el mandato del veterano demócrata, sobre todo una vez superados los efectos ralentizadores de la pandemia, la inflación ha hecho mella en la capacidad de compra de las clases medias y populares: los precios son hoy un 20% más altos que hace cuatro años, sin que el incremento de los salarios haya compensado la merma correspondiente en la renta disponible de muchos hogares. Y aunque la inflación responde a factores diversos, entre los que se cuentan la disrupción causada por la guerra de Ucrania y la buena salud del mercado de trabajo, la irónicamente denominada



Kamala Harris y Joe Biden paseando por los jardines de la Casa Blanca el 18 de enero de 2025, a dos días de la toma de posesión en su cargo como presidente de Donald Trump.

Foto: The White House

Inflation Reduction Act que Biden sacó adelante con el propósito de impulsar la industria autóctona ha tenido indudables efectos inflacionarios. En un sentido más general, los votantes han identificado a Trump como a un líder empeñado en estimular un crecimiento económico basado en la rebaja de impuestos y el aumento del nivel de vida de los ciudadanos; el recuerdo de su primer mandato ha permitido otorgar credibilidad a esa promesa, por inverosímil que sea. De nuevo, mandan la percepción subjetiva y las expectativas sobre el futuro.

A ello hay que sumar la afirmación trumpista del poder norteamericano en un marco geopolítico caracterizado por la agitación y la incertidumbre. Frente a un modelo de posguerra —a menudo idealizado retrospectivamente— que se basaba en la vigencia global de reglas comunes, Trump propone un modelo mercantilista en el que Estados Unidos

«siempre gana» y pone en evidencia a quien trata de aprovecharse de su poder, como sucedería con esa Europa que da lecciones de derechos humanos sin sufragar su propia defensa ante las amenazas exteriores. Doctrinas como el «destino manifiesto» y la zona de influencia señalada por Monroe reviven de la mano de Trump en un mundo cada vez más dividido en esferas de influencia regionales —Rusia, China, Europa— donde «*might is right*». Aunque causara irrisión entre los progresistas, el eslogan *Make America Great Again* ha terminado por convencer a buena parte del electorado. Y acaso los votantes se percataran de que la Administración Biden había hecho suyas algunas de las obsesiones de Trump: la actitud hacia China ha seguido siendo agresiva y Biden confirmó el giro hacia el proteccionismo comercial.

Más difícil resulta determinar el peso que ha podido tener en la victoria de Trump su reticencia a pagar el coste de la transición ecológica, que no pocos ciudadanos tienen por un obstáculo al crecimiento económico procedente de la imaginación calenturienta de los ecologistas radicales. Lo cierto es que la Administración Biden ha continuado la política energética de su antecesor: el *drill, baby, drill* no se ha detenido en ningún momento y las

¿Cuánto ha beneficiado a Trump el primero de los atentados perpetrados contra él? Aquella imagen levantándose del suelo con una oreja ensangrentada, dirigiéndose ferozmente al público proyectó una rara imagen de determinación

exportaciones de gas estadounidenses van de récord en récord. Y donde la mayoría ve un riesgo para el bienestar de la humanidad, Trump ve una oportunidad para el reforzamiento del poder norteamericano: el cambio climático facilitará el acceso a los recursos naturales de Groenlandia; el líder republicano ya ha dicho que quiere comprar el territorio o anexionárselo por la fuerza. Muchos votantes están de acuerdo; reaparece aquí una vez más la combinación de autoritarismo y nacionalismo que tanto ha impulsado la candidatura del neoyorquino.

Quisiera señalar, en fin, dos factores adicionales. De una parte, estas elecciones han desmentido un viejo axioma de la política estadounidense según el cual las minorías —principalmente latinos y afroamericanos— continuarían apoyando al Partido Demócrata de manera masiva; lo mismo vale para las mujeres, que no son una minoría pero se tiene por un grupo específico al que los candidatos pueden apelar de manera homogénea y separada. En todos estos casos, la premisa ya era débil; el apoyo a los demócratas se suponía independiente de la oferta que los demócratas y sus rivales pudieran hacer en cada coyuntura. Pero no hay ninguna razón por la cual los latinos no puedan prestar su apoyo a los republicanos, sino que sucede más bien lo contrario: su perfil tradicionalista y familista parece encajar

mejor con los republicanos que con los demócratas. Que Trump exprese una oposición tan vehemente a la inmigración ilegal no es un problema; el inmigrante legal puede preferir que se cierren las fronteras: él ya está dentro. Por lo demás, Trump no necesitaba un apoyo completo de afroamericanos, mujeres o personas con estudios superiores: le bastaba mejorar de manera apreciable sus resultados entre todos ellos. Y eso es lo que ha logrado; lo que era tabú en 2016 ha dejado de serlo cuatro años después.

Finalmente, convendría preguntarse cuánto ha beneficiado a Trump el primero de los atentados perpetrados contra él. Aquella imagen del septuagenario candidato levantándose del suelo con una oreja ensangrentada, dirigiéndose ferozmente al público contra el criterio de sus guardaespaldas, proyectó una rara imagen de determinación; una que encaja con la figura que él mismo ha querido encarnar ante los votantes. Es una figura que estos consideran genuina: en el peculiar caso de Trump, se percibe poca distancia entre la persona y el personaje, una cualidad que los votantes —recordemos a Reagan— suelen premiar. Harris, en cambio, ha podido ser vista como una vicepresidenta decorativa que logró su candidatura a la presidencia maniobrando contra un anciano; en el competitivo mercado electoral, el contraste —ya sea justo o injusto— ha menoscabado sus posibilidades de victoria. Estos factores simbólicos no pueden pasarse por alto: en una democracia sentimental, su papel es fundamental a la hora de persuadir al ciudadano poco informado —que es la mayoría— del atractivo que posee cada candidato, funcionando como heurísticas o atajos que ayudan a escoger la papeleta el día en que se abren las urnas.

¿Por qué ha ganado Trump? La respuesta es sencilla: su candidatura ha resultado más convincente para un número apreciable de estadounidenses que la de su rival. Allí donde Joe Biden triunfó, ha fracasado Harris; si Biden hubiera podido frenar a Trump una segunda vez es, sin embargo, cuestionable a la vista del resultado que arrojó el debate televisado que enfrentó a ambos. Bien puede decirse entonces que Trump logró durante su primer mandato crear las condiciones para su segunda victoria: dio forma al marco en el que iba a desarrollarse la política norteamericana y el Partido Demócrata no fue capaz de moverlo en su favor. Dicho con otras palabras, si el Trump de 2016 podía considerarse todavía una anomalía pese a representar el malestar creciente de una parte del electorado, el Trump de 2024 se nos antoja representativo de las corrientes mayoritarias de la sociedad estadounidense. *Make Trump Great Again*: el neoyorquino ha sido capaz de persuadir a los votantes de que también ellos son trumpistas. Hay que reconocer su talento político y esperar que su nueva estancia en la Casa Blanca no cause daños irreparables en ninguna parte.